



Crónicas de la esperanza

"NO PIERDO
LA FE"

Ketty Camones
Oficina Regional
Lima



PERÚ

Ministerio
de Justicia
y Derechos Humanos



INPE INSTITUTO
NACIONAL
PENITENCIARIO
HUMANIZAR Y DIGNIFICAR PARA RESOCIALIZAR



BICENTENARIO
PERÚ
2024

NO PIERDO LA FE

Conocí al interno Grosso cuando en una de nuestras interminables noches de servicio, lo sacaron de su celda en medio de gritos y resistencia de su parte, tenían que sujetarlo entre 4 personas por cuanto parecía un rinoceronte enfurecido, su torva mirada se posó en mi por cuanto me encontraba abriendo las esclusas para poder llevarlo al área del tópico para su examen antes de ser ingresado a la celda de castigo y evitar que agrede a otras personas o así mismo.

Esa mirada parecía traspasar cualquier barrera y su rostro se transformó en una mueca de desprecio, estallando en insultos subidos de tono, lanzando amenazas, adjetivos calificativos y degradantes por mi condición de mujer, pero ya acostumbrada a este tipo de reacciones de parte de internos, solo atiné a sonreír y mirarlo desafiante, enardeciéndole más, por lo que me insultó con más brío.

Lo llevaron al tópico y lo tendieron en la camilla, observando como Grosso pese a estar echado, parecía transformarse en un cyborg indestructible, con su 1.90 m aprox. y cuerpo de luchador de la WWE, movía a placer a los dos servidores que lo sujetaban de ambos brazos como si se tratasen de dos muñecos, por lo que tuve que lanzarme a sus piernas para inutilizar sus movimientos.

Después de pasar el examen médico fue llevado a la sala de meditación, donde gritaba que lo dejaran salir, golpeando las rejas y la pared, pero después de infructuosos reclamos, se durmió. Días después lo volví a encontrar, estaba tranquilo, me saludo y le pregunté si recordaba su comportamiento anterior; me

miró avergonzado, diciendo que no sabía lo que había pasado.

Entonces se lo recordé y le pregunté si tenía madre, hermanas, hijas y si ese había sido su comportamiento toda la vida, agachó la cabeza y me pidió disculpas. Entonces abrió su corazón y me dijo que era difícil salir del vicio y que este siempre lo vencía -eso lo sabía mejor que nadie, teníamos tantos muchachos que estaban en la misma situación y su lucha nunca terminaba- le pedí que me mirara a los ojos y le pregunté si quería cambiar y me dijo que sí.

Entonces le prometí orar por él, porque sabía que con mis fuerzas o la de él no podríamos, solo Dios opera cambios maravillosos en las personas, solo si se arrepentía o perdonaba a quienes le habían hecho daño, su mirada se perdió un momento como si recordara algo penoso, pero asintió con incredulidad, también le pedí que entrara a los grupos religiosos para que entendiera el amor de Cristo, que pese a nuestros pecados nos amaba igual.

Al cabo de un tiempo, lo veía más limpio, más servicial, me llamaba madre cada vez que me saludaba y yo devolvía su saludo con una palmadita en sus hombros, respondiendo, "hola hijo".

Un día lo encontré con una biblia en la mano, me contó que los "hermanitos" se lo habían obsequiado, que estaba aprendiendo sobre el amor de Dios y su promesa de vida eterna, mientras hablaba se notaba feliz y sonreía no solo con los labios sino con la mirada, era otro. Me alegró saber que estaba mejorando su vida, porque después de ese incidente nunca más volvió a suceder otro igual.

Poco tiempo después, me contó que había armado su expediente de beneficio penitenciario y que pronto se iría, me alegre por él y le advertí que tuviera cuidado en la calle, a lo cual me respondió que ya no quería esa vida, que quería seguir congregando, que trabajaría en lo que sea, pero que ya nunca más volvería a las acciones que lo trajeron a este penal y que de ahora en adelante su vida sería mucho mejor, viéndolo esperanzado, ore porque así fuera.

Poco tiempo después, fui cambiada a otro penal, para eso Grosso ya había salido en libertad y lo poco que supe es que estaba trabajando en Lima. Cuando retorne dos años después, estando de servicio, vi al interno que había compartido el cuarto con Grosso, le pregunte sobre él y me contestó de manera natural ¡esta muerto!.

Un frio glacial recorrió mi cuerpo, no lo podía creer. El interno continuó diciendo que, al salir del penal, se reencontró con su familia y ya no quiso saber de las drogas, alcohol o cualquier cosa que le perturbara la vida, consiguió trabajo como cargador -su complexión lo ayudaba- pero un día mientras estaba descargando el cemento de un camión, fue alcanzado por una bala perdida, acabando con su vida inmediatamente.

Sentí una punzada en el corazón, me preguntaba porque tuvo tan poco tiempo para demostrar su cambio, quizás podría haber hecho mejores cosas. Pero en eso recordé, que los tiempos de Dios son perfectos y que el poco tiempo que tuvo de vida después de salir del penal, lo vivió de forma intensa y en paz consigo mismo y su familia.

Cada vez, durante el tiempo que he trabajado como seguridad en los penales y hasta en las oficinas de medio Libre, veo pasar muchos internos, algunos violentos, viciosos,

enfermos, pero hasta la fecha no he perdido la fe, de que cualquiera de ellos pueda cambiar, igual que Grosso, que las cosas que hacemos a favor de ellos, como un consejo, una palmadita en los hombros o una felicitación ante un pequeño logro repara un corazón dolido, y que nosotros, como lo dice el credo penitenciario, debemos creer en el arrepentimiento y en la rehabilitación de la persona que delinque, debemos verlos como aquel hermano que equivocó el camino. ¡¡Esa es nuestra misión!!

Hoy en día, aún puedo recordar al Grosso apacible, un gigante andando con su biblia por los pasillos del penal, sus saludos de niño grande con una natural inocencia que se recupera cuando conoces y sabes que también eres hijo de Dios.

Sobre la autora

Ketty Isabel Camones Molina, técnica de seguridad penitenciaria con 22 años de servicio al INPE y madre de 2 hijos. Actualmente labora en la oficina del Medio Libre de Surquillo Área de Reinserción Laboral. Fue alcaide en el 2018 al 2020 en la Carceleta de Lima, donde trabajo todos los días durante la emergencia por el Covid 2019, e instructora del CENECP en el 2011. Durante 17 años se desempeñó en el área de seguridad de los penales de Mujeres de Chorrillos, Huaraz, Chachapoyas y Yurimaguas, E.P. Lurigancho y en la jefatura de Recursos Humanos en la ORL y en el EML del Callao.